



## EN LA MESETA VICENTE ALEIXANDRE

(JORGE GUILLÉN)

Si le miráis de cerca sentiréis cómo luce  
una frente desnuda —apenas pelo breve en cima fina.  
Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba,  
hacia luz, y medra.

Y sobre el fondo ilustre de meseta, el cielo  
coronador, el viento fiel, la norma  
hecha de sol en pureza, y soplos  
—oh maravilla— de esta luz completa.

Yo recuerdo algún día verle, después, cuando la tarde,  
afirmación cumplida,  
se hundía despacio, ciertamente grave,  
medida, hasta cejar al horizonte: cierre  
cabal, cuando la noche, avergonzada, herédala  
Pero recuerdo más. Los ojos libres,  
también para la noche  
supieron un instante después alzar sus filos  
y resolver la sombra en ciencia, en fuerza,  
en certeza y poder de estrellas claras.  
El firmamento absuelto, más, resuelto  
en bóveda completa, era ya el orbe,  
el silencioso mundo no celeste,  
más humano, porque mirado está del hombre esbelto.

¡Qué pesadumbre las estrellas graves  
sobre la frente rutilada, y horas  
y minutos! El ser, el ser sin tiempo,  
y un río pasa, y las estrellas tiemblan.

Composición, armonía, la lengua  
humana aquí rozó un cenit, correspondiente  
al mediodía, en la esfera que no se aflige y rueda  
sobre los ojos, donde entero se copia el son profundo.

Ved:

esa frente  
mojada amanecía, o su humedad bebía el sol, templándola,  
tomándola, como a la piedra viva —siempre el hombre—,  
sobre extensión total, en orden último.

---

## CARPE DIEM

### JOSE LUIS CANO

(En un homenaje a Jorge Guillén)

Allí donde un día viviste,  
en la costa del sur dormida sobre el tiempo,  
en su playa luminosa que atrae a cuerpos jóvenes,  
en la cresta blanquísima de la ola  
que avanza como el pecho del amante cuando rinde su deseo,  
en la arena tan pura como el sueño de un niño,  
en la roca viva, en el azul del viento que despliega sus alas,  
allí vives, allí permaneces.

En la mirada del gitanillo que pasa a tu lado con asombro,  
y en la más desamparada del perro vagabundo que un día acariciaste,  
en los jugosos labios de la fruta que bebías con avidez,  
en la pared rutilante de cal sobre la que un día posaste tu mano y  
que sintió tu caricia como un beso,  
en la sal recién nacida del plateado espeto o de la hermosa lubina,  
en el sabor del diminuto chanquete y el boquerón voraz,  
y en la melena del viejo caballo alquilado que sentía el peso y la  
gloria de tu hermosura,  
allí vives, allí permaneces,  
allí está tu cuerpo y tu risa,  
tu alegría y tu música,  
allí suena aún tu voz, como una melodía inmarchitable.